

2009

Discursos culturales chilenos del último plazo. Una propuesta de reflexión a partir de las crónicas de Roberto Castillo

Ana Figueroa

Citas recomendadas

Figueroa, Ana (Primavera-Otoño 2009) "Discursos culturales chilenos del último plazo. Una propuesta de reflexión a partir de las crónicas de Roberto Castillo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 69, Article 17.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss69/17>

**DISCURSOS CULTURALES CHILENOS DEL ÚLTIMO PLAZO.
UNA PROPUESTA DE REFLEXIÓN A PARTIR DE LAS
CRÓNICAS DE ROBERTO CASTILLO**

Ana Figueroa
Penn State University, LV

*¡Hoy resulta que es lo mismo
ser derecho que traidor!...
¡Ignorante, sabio o chorro,
generoso o estafador!
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!
¡Lo mismo un burro
que un gran profesor!
No hay aplazaos
ni escalafón,
los inmorales
nos han igualao.
Si uno vive en la impostura
y otro roba en su ambición,
¡da lo mismo que sea cura,
colchonero, rey de bastos,
caradura o polizón!...*

Enrique Santos Discepolo

Los imaginarios culturales y sociales sustentan la idiosincracia de un país. Ésta se construirá con los diversos discursos, y retazos de estos mismos, que conforman el quehacer nacional. A partir de esta afirmación, intento mostrar cómo, en la medida en que Chile fue estableciendo una solvencia económica que, proporcionalmente, lo puso en un lugar importante dentro del espacio cultural-económico del continente latinoamericano iba, al mismo tiempo, creando tensiones en y con el espacio cultural dentro del

cual intentaba solidificarse. Así, el discurso nacional se aleja de los ideales que se promovían en el Chile anterior a la dictadura y, en este movimiento, se borra o es borrado del mapa de la “globalidad noticiosa”. Aspecto que, por otro lado, provoca una estructura de capas a través de las cuales se van filtrando semi-lenguas, semi-memorias y mucha imposición del discurso televisivo, siempre imitativo de la “ultra-modernidad” estadounidense. Pretendo, en este trabajo, establecer diferencias y bases sobre las cuales tienden a escribirse los nuevos discursos nacionales y compararlos a otros que se suponen más “revolucionarios” porque emulan lugares comunes históricos que se siguen presentando hoy en día en Latinoamérica, por ejemplo en Venezuela, Bolivia, Cuba y Brasil. Estos últimos re-actualizan la red del estereotipo del ser latinoamericano en la medida en que intentan re-vivir la suerte de discurso libertario de los países socialistas. Tras el debilitamiento y la desaparición de los llamados países “socialistas” y el regreso a las democracias en Latinoamérica, se desarrolla un vacío argumentativo e ideológico que lleva a nuevas re-configuraciones geoestratégicas a nivel mundial y, sobretudo en el caso latinoamericano, cuyos cambios se producen dentro de un telar que se ha construido en la tensión de socialismos no completos y/o truncados, además de dictaduras y el traspaso desde ellas hacia la democracia.

En este telar narrativo convergen las diversas definiciones de lo latinoamericano y sus relaciones con el poder occidental globalizado y las naciones mismas que ya son parte de una periferia global. Desde esta perspectiva, la llamada globalidad, deja de ser para todos y obliga a re-establecer definiciones de identidad dentro de macro-estructuras. Estas últimas compuestas a su vez de micro estructuras, las que también crean sus propias definiciones que se resisten a las que vienen desde el centro de poder. Veo este sentido de búsquedas y de descentramiento del poder, como el laberinto cuya cumbre/o medio es siempre el conocimiento, el asumir toda la realidad en un sólo concepto que trascienda al ser humano en su conjunto social. Ahora bien, desde la perspectiva de las construcciones discursivas nacionales, la modernidad es la que establece estos campos identitarios desde donde se tejen y destejen las transformaciones nacionales; por lo tanto, todo proyecto nacional, pasa por el desarrollo de una definición de “*lo nacional*”. Definición que, en definitiva, permite y refleja el comprender y el asumir una “realidad” dentro de los dispositivos sociales que la misma *nación* está requiriendo.

Es a partir de las nuevas coyunturas históricas de los años ochenta en las que se encuentra envuelta América Latina después del derrocamiento de las dictaduras, que se produce un vacío en la definición de identidades y, por lo tanto, hay que re-edificarlas. Tal y como lo planteara Leopoldo Zea “el dramatismo de la inteligencia latinoamericana en busca de su identidad” (1984:217). Como dramatismo se puede interpretar a las múltiples fuerzas

intelectuales tratando de re-construir una historia nacional que no termine en tragedia. El problema que se erige entonces es de la aparición de nuevos y diversos discursos que, no sólo han trascendido a las normas impuestas por una *inteligencia* canónica, sino que también llegan a imponerse desde múltiples esferas sociales y que, por lo tanto, tienden a crear universos descentrados. Radicalmente se trata de la creación de subjetividades en nuestra cultura a partir de las narrativas ensayísticas de los estados nacionales. Es precisamente la pérdida que éstos han tenido del rol de guías, de instauradores, de ordenadores de los roles sociales, lo que lleva a un cuestionamiento del poder y a la desarticulación de un todo discursivo nacional único. El des-centramiento de esta "ensayística", que se pretende narradora de "realidades concretas", va a posibilitar el entramado de la verbalización de las subjetividades sociales quienes van a *bordar arpilleras* con los temores y esperanzas, los delirios, los mitos y las verdades de una sociedad que se presenta cada día más compleja. Se trata, entonces, de un tejido discurso-narrativo político multicolor, multiforme, de una multitextura que no lo aleja mucho de lo hecho por algunos intelectuales decimonónicos.

Una de las voces más *fuertes* en este diálogo con la historia, es la de Roberto Castillo, voz especial, a la cual me parece decisivo prestar especial atención. A través de ya varios años, desde el 2002, tiene una columna "blog" llamada *Noticias secretas: crónicas y comentarios de la XIV región, Archipiélago de las antípodas*. Castillo crea una fisura distinta (en el tono, en la estructura y en el medio) y similar (en la finalidad) a las ya existentes. Es en este sentido, entonces, que me intereso por su obra, pues se conecta con otras cuyas tarea pareciera ser mostrar la crisis de los imaginarios nacionales o bien la crisis del discurso nacional, que es visto como insuficiente para centralizar una nueva noción de sujeto.

La voz de Roberto Castillo hace suponer que la cultura social del sujeto en sí misma, debido a los descentramientos discursivos que he vendido hablando, se ha convertido en una topografía esquizoide en la que no pareciera existir una real apropiación del sentido de lo nacional. Sorprendentemente similar a la de los intelectuales del *Movimiento Literario de 1842*¹. La voz crónico-narrativa-ensayística de Castillo pareciera tener una dinámica enlazada con la "Voz Histórica" y se pretende su envés. Su escritura tiene la capacidad de mediar entre el pasado oficial y ése que "se recuerda" en la conciencia de muchos, pero que no aparece oficializado por ninguna voz; los juicios que establece o retiene sobre el pasado están siempre dentro del margen seguro que la subjetividad permite y que, al mismo tiempo, genera una mirada crítica a la voz oficial, a la que se la ve "des-autorizada" frente a la realidad local.

En las crónicas-narrativo-ensayísticas de Castillo se desarrolla un mundo textual en sí mismo, en el cual se re-escriben múltiples respuestas a una serie de hechos históricos que no habían sido re-evaluados, pues se los

tenía como *verdades históricas*². Este modo de apropiación histórica a través de la opinión y la memoria personal no se impone como total sino, por el contrario, nace desde la clara subjetividad que el narrador-experienciador tiene. Así Castillo se irá construyendo desde un status abierto a oposiciones y en el que alude a *la experiencia del otro* dentro de la realidad social y psicológica del lector, sin importar cuán diferentes sean ambas. Desde esta perspectiva el lector se ve enfrentado a optar y en esta acción a tratar de entender y analizar la preferencia cultural que Castillo sostiene sobre diversos temas de carácter cultural, social y/o político. Para Paul Ricoeur, la vida misma puede ser considerada como una narrativa llena de inconsecuencias e inconsistencias en las que los diversos actantes deben tener una posición abierta al desafío del diálogo para así generar una polifonía de voces. Ricoeur, propone la duda constante a través de la cual se accede a una forma de la “verdad”, y a una forma de realidad; aspecto que transforma el valor medular que se le daría a la noción de literaturidad o de narratividad en el discurso moderno. Por el contrario, una vez aparecidas las narrativas globalizadas, la literalidad, el valor de realidad de los textos, estará siempre en relación con la comunidad de lectores, de espectadores que el sujeto enunciador tenga. Para la narrativa de Roberto Castillo esta manera de percepción de la historia es fundamental y, por lo tanto, parafraseando a Ricoeur, todas las versiones de la historia que se tengan de la vida de uno mismo son una dialéctica entre lo que se recuerda y lo que se desea anticipar en relación al futuro (Ricoeur 26). La suya, entonces, es una voz que representa lo que Walter Benjamin llama *el arte de intercambiar experiencias a través del contar historias*, y que Ricoeur re-escribe de la siguiente manera:

He means no scientific observation but the popular exercise of practical wisdom. This wisdom never fails to include estimations, evaluations that fall under the teleological and deontological categories...in the exchange of experiences which the narrative performs, actions are always subject to approval or disapproval and agents to praise or blame. (Ricoeur 164)

A partir de esta aproximación valórica de la historia, donde su apreciación mayor proviene del juicio experiencial del emisor y no de un poder ilustrado, aparece una nueva cualidad en el “ser intelectual” que da paso a una voz diversa y divergente. Y es aquí donde se encuentra Roberto Castillo como novelista, cronista y crítico cultural.

Aunque no pretendo en este ensayo historizar el movimiento cultural e intelectual de Latinoamérica en relación con la modernidad –tarea monumental—, sí me es necesario mostrar la línea cronológica en la que el movimiento intelectual se va dando en el continente, siempre en relación con los modos de pensamiento europeos. El movimiento que lleva a la construcción de estas voces divergentes del modelo canónico de crítica

cultural, muestra que las políticas culturales de los sesenta tienden a subrayar la importancia de nuevos y distintos aspectos que conforman la "otra" definición de cultura-nacional. Estas aproximaciones diversas reconstruyen los códigos sociales dominantes que, en su definición clásica, imponían una coraza a la percepción del arte. Por ejemplo, las re-adaptaciones de las definiciones de "lo culto" llevarán a la integración de aspectos que antes no tenían espacio en la definición mayor. Ahora bien, la integración de estos nuevos modelos de cultura no se hará de modo directo sino que se lo integrará como un brazo distinto del corpus mayor y se le conectará con el rol performativo dentro de la cultura nacional. Perspectiva, esta última que no deja de tener sus inconveniencias o sus problemas prácticos en la aplicación real del valor intrínseco de lo nacional. Un aspecto de esta propuesta es lo que, ya en 1968, Umberto Eco estaba haciendo notar como problemática desestabilizadora de un sistema más abierto, más ambivalente de la concepción del arte. Eco afirmaba que la cultura está construida con un corpus aristocrático que mantiene esquemas, roles de su cultivo de forma celosa que, al mismo tiempo, pide del participante una asiduidad y, por sobre todo, una exclusividad solitaria que denote refinamiento; el punto de vista de un análisis como éste, entonces, se opondrá radicalmente a la *vulgaridad* que la muchedumbre tiende a concentrar: "la mera idea de una cultura compartida por todos, producida de modo que se adapte a todos, y elaborada a medida de todos, es un contrasentido monstruoso. La cultura de masas es la anticultura". (27-28).

Serán las políticas de izquierda de la cultura latinoamericana las que integrarán "todo tipo de arte" dentro de la definición de "arte nacional". La división entre un arte universal frente al arte local va a producir la tensión social de la definición de lo nacional y, al mismo tiempo, va a mediatizar las políticas sociales más o menos democratizadoras. Lejos de destruir a la cultura, los medios la han democratizado y extendido: lo que era patrimonio de unos pocos, ahora es conocido y disfrutado por multitudes. Nunca hubo tanta gente que acudiera a los museos o a la ópera, ni tantos buenos libros vendidos. Esto genera una politización de la cultura, al mismo tiempo que una culturización de la política: el territorio de transacción entre modelos de gobierno, modelos de ciudadanía, modelos de nación. Espacio de contingencia donde no sólo se politizó al intelectual, sino que fue parte fundamental de todo pensamiento político; aspecto que lleva a una radicalización de las prácticas políticas. El valor de cambio que los intelectuales adquieren (debido a que la "cultura" y sus diversos aspectos fueron centrales en la discusión sobre la nación), se basa tanto en méritos propios como en una idealización de la actividad del intelectual, que es vista como una forma de privilegio en el acceso a los estudios y al desarrollo cultural. Esta ideología, o forma de ver la actividad cultural, otorga a los intelectuales la facultad de establecer, juzgar, organizar y analizar la sociedad, la nación, su historia y

el proceso de desarrollo que se da en ella.

El poder que les brinda esta posición de valor de la cultura, trae consigo también el envés de una permanente preocupación por el otro, pues la construcción del “yo-mismo” está hecha a partir de la comparación y la medición de mi yo frente al de otros, ya que son estos “otros yoes” los que le dan la existencia especial al mío. Estos intelectuales no se pueden comparar hacia el pasado, pues su construcción de pensamiento moderno se lo impide, pero el pasado es la base a partir de la cual se imita una actitud. No hay que olvidar que la modernidad trae consigo variantes de los conceptos *tiempo* y *espacio*, lo que evidencia las complejidades conceptuales frente a las que se construye su propio sujeto. Para J. Habermas, es sólo la modernidad la que fundamenta un desprecio hacia el pasado y un rumbo hacia un futuro eterno: “la idea de ser moderno dirigiendo la mirada hacia la base de los antepasados cambió con la creencia, inspirada por la ciencia moderna, en el progreso infinito del conocimiento, el avance infinito hacia la mejoría social y moral” (20). Esta sensación de presente contínuo es la que los obliga a re-dibujarse a partir de los otros creando siempre la tensión entre presente inmediato y tradición. Tal tensión se verá concretizada en las escrituras que los intelectuales realicen y en donde se afirme o dibuje una realidad, la nacional, simétrica o idéntica a sí misma que posea la capacidad de generar su Otro: la cultura popular. Cultura popular que, a su vez, ha sido engrandecida para autosatisfacción de la voz propia del intelectual. Una forma de hacerla aparecer infinitamente valiosa es acercarla al mundo de la academia. Con esto se legitima a través de la ciencia que la investiga y de una estética que la promulga en arte. La academia, entonces, vuelve a adquirir nuevos espacios de poderes en el momento histórico en que éstos estaban siendo diluidos por nuevas políticas que las llevaban a un “socialismo”. Así es como el espacio universitario/académico queda a cargo de la vigilancia, de la nivelación y de la competencia entre formas de “cultura”: alta v/s popular. Afirma Raymond Williams:

Efectivamente, la primera forma profunda de organización social del arte es, en este sentido, la percepción social del arte mismo. Esta percepción es siempre práctica, sea o no seguida por un razonamiento teórico. Un área amplia, y por lo general desconocida, de la historia de las artes es el desarrollo de sistemas de señales sociales que indican que lo que ahora se va a hacer accesible debe ser considerado como arte. Estos sistemas son muy diversos, pero entre ellos constituyen la organización social práctica de la primera forma cultural profunda en la cual determinadas artes son agrupadas, destacadas y diferenciadas (Williams: 121).

Esta mirada sobre la condición artística va a permitir crear una tensión mayor no sólo sobre el objeto artístico en sí, sino también sobre el privilegio del quién accede a la información que toda producción estética y cultural

posee. La solución de estas tensiones va a estar en las ideologías políticas imperantes en la época, las que integran, de forma diferida, a esos “otros” que crean la cultura popular. La política cultural programática de los intelectuales, entonces, se podría definir como un “socialismo-etnocéntrico” desde donde se incluyen, de modo más o menos colonizante, las producciones culturales de los otros (léase pobres, atrasados, carentes de las sofisticaciones que la educación brinda). Esta visión compleja de la otredad se dará siempre entre intelectuales que buscan entender, definir, organizar e integrar a esa parte de la sociedad olvidada por el discurso nacional. Así, los discursos de revolución política de los años setenta, implican también una revolución cultural que traerá, como en todo lo que quiera ser definitorio, una marca de “ser-latinoamericano” que no ha logrado borrarse³. El discurso cultural y revolucionario de los de los años sesenta van a generar un imaginario global cuyo ideal quedará iconizado en el Che Guevara.

Desde esta perspectiva, en la medida en que los discursos de las izquierdas políticas en Latinoamérica repitan los lugares comunes de las ideologías de los años 60, tendrán el espacio publicitario y de actualidad televisiva necesarios para repetir que “se-ES” de un continente que no alcanza una verbalización de lo real⁴. El estereotipo ha sido marcado y se ha repertido en infinitas formas, ahora todas vendibles, ahora todas mercantilizadas y así, despolitizadas. De allí que se vuelva necesario re-visualizarse como intelectuales.

Es por este motivo que me parece tan productiva la forma en que Roberto Castillo se presentaba en su blog: un espejo doble, un espejo retrovisor pero que también lo ubica, en cuanto a imagen, en cuanto a espacio corpóreo, dentro de la intangibilidad del mundo ciber donde se mueve⁵. Esta coyuntura obligará a una particularidad, que los medios intelectuales parecieran ir dejando de lado: la modernidad está formada por múltiples discursos. Así, las personas de un espacio nacional (el específico chileno) o hiper-nacional (el continental), van a generar una articulación de su ser a partir de un territorio-tiempo que deja de ser local; es decir, se quiebra la costumbre de establecer, unidireccionalmente una definición del ser, para encontrarse que la tradición queda determinada por otras muchas formas de comunicación. Algo así como una *comunicación intercultural*. Ésta abarca, recoge y desarrolla, diversos modos de interrelacionarse: comunicación internacional, comunicación interétnica y comunicación intercultural propiamente tal⁶.

La situación anteriormente descrita, va a diseñar paralelos de realidades que no son sino sombras o fantasmas de una complejidad. Las dictaduras, por un lado, van a imponer un desarrollo tecnológico como fin total de la nación, es decir la búsqueda de la tan ansiada “modernidad” (transportes, satelización, industria audiovisual, informática). La implantación de este fin buscó -y en medida significativa logró- el silenciamiento de los intelectuales frente al análisis del proceso histórico que algunos países

estaban viviendo. La representación de la rebeldía ante el poder económico-militar tendrá una doble cara: por un lado la repetición de una nacionalidad continental “Latinoamérica unida” y por otro, un desplazamiento del valor del “continentalismo”, acto que generará el quiebre del discurso de “igualdad/ equidad” en la medida que éste permite la ecuación nacionalidad local = nacionalidad continental = globalización. Desde esta trizadura, se van a deslizar diversos modelos de “ser”, nuevas formas de culturas o de “subculturas”, en la medida en que se trata de grupos en conflicto con el modelo dominante y con el modelo histórico. Grupos que en sí van a construir discursos que obliguen al replanteamiento de los modelos nacionales. Es decir, la pertenencia a una tradición. Desde esta perspectiva, cualquiera que sea la forma y el medio de construcción de una identidad nacional, ésta va a pasar por el reconocimiento como propia de una serie de hechos o mitos históricos *que aspiran* —o a través de los cuales *se aspira*—, al diseño de un decurso pasado/presente que promueva un futuro diferenciado de otras comunidades.

La homogeneización como forma de estatuir una idiosincracia nacional, fue el método epistemológico de reedificación de un futuro. Algo presente, tanto en el siglo XIX con el sueño bolivariano (cuyo epítome grandilocuente queda plasmado en: “Nuestra América” de José Martí), como en el siglo XX con la generación del 60, que reinventa y reescribe este sueño en múltiples obras, siendo la más significativa de ellas; *Cien años de soledad*. La idea de una unificación queda a manos, en ambos casos, de intelectuales, pues son ellos quienes dan o proyectan todas las instituciones necesarias para su establecimiento como una clase dirigente de la nación soñada. Se busca ser “José Arcadio Buendías”, intelectuales que no sólo están al servicio de un orden militar, sino que son capaces de diseñar las casas, de solucionar problemas y de mantener al pueblo en paz⁷. Estas visiones de sí mismos como fundadores y/o como autores nacionales, hace que sus miradas implanten un prisma ideológico con el que se enmascara una identidad⁸. El tejido que están implementando estos intelectuales les permite, entre otras cosas, las creaciones de un mapa político, social, literario, histórico, moral etc., en donde la “identidad nacional en sí” queda demarcada en el discurso. Ahora bien, la referencia al concepto: *epistemología de una Nación* (con mayúsculas pues estamos hablando de la idea de un continente), no se corresponde con una realidad histórica fija y concreta, sino que el discurso con la que se construye puede ser aplicado a las diversas idiosincracias *nacionales* (ahora con minúsculas pues, se refiere a los países en concreto), según el sentido que le asignaron los autores/protagonistas. Ambas trayectorias -las de los siglos XIX y XX-, permiten ilustrar dos fenómenos de índole continental. El primero, el papel jugado por la literatura en su esfuerzo por articular discursos nacionales con intenciones de constituir un imaginario cultural impuesto por medio de las relaciones poder/conocimiento.

El segundo, muestra los matices particulares que dentro de sectores hegemónicos modernizantes adquirieron estas expresiones. Sin embargo, al contrario de los intelectuales del siglo XIX, los intelectuales del siglo XX no intentarán problematizar estas contradicciones, sino que se sirvieron de ellas para utilizarlas como ejemplo de una manera de pensar típicamente hegemónica y contraria al modelo/sueño de una *Nación continental*⁹. Estas apreciaciones globales van a revelar la existencia de, a lo menos, dos problemas. El primero, la alusión a la “nación” como sinónimo de estado nacional contemporáneo y, por lo tanto, la creación de un discurso xenofóbico que marque la frontera con el otro distinto y, al mismo tiempo, esta idea de nación continental va a generar un estereotipo dentro de los ideales que promueve: “Latinoamérica guerrillera”. Segundo, la referencia a este grupo humano idealizado, que deja fuera a otro o a múltiples otros que conforman ese territorio ya demarcado. Este aspecto deja ver que son sólo ciertos casos los que pueden conformarse como parte del organismo político estatal. La limitación o la poca accesibilidad al poder estatal será lo que provoque el quiebre de los discursos de las izquierdas en una contingencia contemporánea¹⁰. A partir de este presupuesto se pueden analizar las distintas posiciones intelectuales que se adoptan en la creación de una comunidad, pero también la organización ideológica, que hace de eje en una fundamentación patria. Importante es, entonces, desentrañar, mostrar y analizar la posicionalidad con la que el sujeto está emitiendo su discurso, además de la revisión de la ideología que fundamenta su imaginario, para así entender la organización lógica que sirve de base a tales construcciones.

En el caso chileno, la construcción de una nacionalidad global, comenzó por el disociamiento que Chile hizo con la “nacionalidad continental”, algo que quedó demostrado en la feria de Sevilla con la imposición de ese Iceberg enorme, armado y diseñado por los mismos publicistas que manejaron “La campaña del No” con la que se derrotaría a la dictadura de Pinochet¹¹. Este re-construir el “modo de ser” chileno va a pasar por lo que Faride Zerán ha calificado como una agenda política nacional que consolida el eje básico informativo, que es la vigencia del sistema económico mundial, donde la riqueza crece a un costo social muy alto, en cuanto destruye los fundamentos de la cultura establecida y crea otra en la cual no se cuestiona el modelo. De esta forma, agrega ella, en el discurso cultural moderno de Chile: “no hay mucha diferencia entre la corrupción política y los actores de telenovelas”(1). De este modo, los estados que se construyen dentro de una *opulencia económica* invitan a la paradójica amnesia de la modernidad, consagrando la memoria al monumento. Es así como se genera la tensión con las nuevas voces de las *intelligencias* que están construyendo o cuestionando una identidad nacional. Este es el límite en que coinciden *la construcción y deconstrucción humana*, en cuanto que, tras la búsqueda de pertenencia a una *cultura global-moderna-civilizada*, el argumento de base tiende a

borrar la memoria, en la medida en que la nueva cultura es un constructo de imaginación. Así, la nación se considera a sí misma como *comunidad imaginada*, ya no en el sentido del clásico texto de Benedict Anderson, sino como un objeto armado, con valor de cambio, por los medios de poder de una cultura global, es decir la de las telecomunicaciones. Esta identidad es un pastiche del pasado que se apoya en la ciencia, la moda, los *reality shows* y los negocios. Los componentes que han traspasado el espacio de la burla en este *collage*, son precisamente aquellos a los cuales, tanto el discurso de derecha como el de izquierda, echarán mano para sustentar ideológicamente sus críticas: son los mitos, recuerdos, valores, símbolos y tradiciones que configuraban a la nación. En el medio, quedan los discursos culturales que han logrado colarse del *status quo* impuesto por la mediatización de la televisión. Una de estas voces especiales es la de Roberto Castillo Sandoval, a quien me parece, como he reiterado, decisivo prestar especial atención: él a través de ya varios años desde el 2002, tiene una columna “blog” llamada *Noticias secretas: crónicas y comentarios de la XIV región, Archipiélago de las antípodas*.

En este “blog”, Roberto Castillo va configurando un discurso en donde sustancia un proceso de re-lecturas tanto de los acontecimientos que van a ser parte de la “Historia”, como aquéllos que serán parte de la “historia”. En este sentido despliega una estrategia que no pretende una consolidación política al estilo de las izquierdas de Tomás Hirtsh y otros. Por el contrario, a partir de esa misma “razón occidental y de modernidad” que se promueve, Castillo va creando una operación de ilegitimación ideológica que, en su oposición, en su envés, deviene acto constitutivo de una identidad como muchas otras, en proceso propio de enunciación o *performance*. Así, la configuración discursiva que Castillo propone se articula mediante la representación textual de crónicas, en las que plasma la circulación de diversas voces, las que finalmente se van convirtiendo en la memoria compartida por una comunidad de lectores, quienes a su vez, también tienen el placer de ir aportando sus visiones al fenómeno comentado. Fue, precisamente en uno de sus textos, en el que desenmascara el *carácter ficcional* con el que se construyó Sebastián Piñera -el candidato a la presidencia de la derecha-, que Roberto Castillo, con su pluma mordaz, hace referencia a su realidad como *alumnai* de Harvard para sostener precisamente el modo performativo del discurso político de la derecha. Con este movimiento, desautoriza el carácter Histórico fundacional que la derecha se arroga en sus construcciones nacionales y muestra su naturaleza transitiva, ambivalente y fiel reflejo de lo no real. Por el contrario, al tratar el tema de la memoria chilena, Roberto Castillo le devuelve el valor representacional al transformarla en crónica ciudadana.. Esto no quiere decir que la considere espejo de la “nacionalidad”; por el contrario, ante la nulidad de “lo real” o del *reality show* – como él prefiere llamarlo –, Castillo asume la función de

crear un espejo distinto, como el que encabeza su “blog”. Un espejo reversible, del que resulte la instauración de una imagen de la “Nación” más real. Proceso que configura un *juego-performance-discursivo-ficcional* - bastante lacaniano-, invocando el correlato de un discurso que se muestra a sí mismo como borradura. Ya no es la imagen clara de la publicidad; por el contrario, es la nebulosa de algo: o la percepción país, se trata de múltiples idas y venidas, como un espejo retrovisor, en el cual no existe nada fijo: es un juego entre observar y ser observado, todo al mismo tiempo. Este juego resultará en el acto performativo de instauración de una realidad deseada y, por lo tanto, generador de un eterno ver y ser visto. Roberto Castillo nos muestra un Chile lleno de grietas discursivas que son valoradas como reflejo de una “nacionalidad” preexistente y cuyo substrato histórico previo no puede ser empíricamente verificable.

A modo de conclusión, Roberto Castillo, re-estatuye una mirada torcida, problemática, hacia la construcción de la historia y de la nación. Algo que lo acerca a la estética de Jacques Derridá (1996) para quien no se puede justificar la fundación en nombre de lo que funda, pues en este gesto subyace un acto de violencia:

Todos los Estados-naciones nacen y se fundan en la violencia. Creo irrecusable esa verdad. Incluso sin exhibir, en relación a esto, espectáculos atroces, basta subrayar una ley de estructura: el momento de fundación, el momento institutor es anterior a la ley o a la legitimidad que él instaaura. Por consiguiente, está ‘fuera de la ley’, y por eso mismo, es violento (19)

De ahí que Castillo no le dé un valor fundacional a sus textos; por el contrario, deconstruye sus ligaduras con el poder de la comunicación que se pretende a sí misma como cultural. Sus textos permiten nuevos “no-límites” en la medida en que suministran un diálogo con los propios lenguajes y culturas de los *yoes* que participan en la lectura de su “blog”. En este collage discursivo puede hablarse de la existencia de una “paradoja deconstructiva” que se asoma a la literatura con el encuentro de una “Intra-historia”, ahora con un valor que la legitima más allá de la necesidad de poseer una lingüística territorial subyacente. De este modo, la narración de los hechos que Roberto Castillo desarrolla, manifiesta una genealogía que hace consistente el imaginario de la chilenidad, a la vez que este proyecto le permite a los que allí intervienen una presencia más concreta en los asuntos históricos narrados. Así, pareciera que lo que se busca es imaginarse una chilenidad que surja de formas nuevas, más amplias, más ricas en asociación de diversidad política y distintos tipos de comunidad cultural: el cambalache tan detestado por los conservadores, se convierte en el movimiento gradual, desarticulado y en gran parte sin planificación que va a solidificar la Nación.

NOTAS

- 1 Aspecto que con Roberto Castillo hemos conversado. Roberto mismo me ha dicho que el humor y la mirada angular de algunos intelectuales del *Movimiento* le han dejado una impronta especial en su escritura.
- 2 Para Neil Larsen, en *Modernism and Hegemony. A Materialist Critique of Aesthetic Agencies*, la idea de verdad histórica como significado de “realidad”, es uno de los grandes espacios de conflicto de la crítica contemporánea, pues se conecta con la idea de *belleza-composición heroica-representatividad social* y de la practicalidad de estos conceptos dentro de un nuevo orden social. Así, el cuestionamiento de una verdad histórica viene a convertirse en el cuestionamiento del sistema de representación que una sociedad ha adquirido, lo que viene a ser un cuestionar las bases ideológicas de la construcción de una nación. Por lo mismo: “history cannot penetrate without violating the rules of the aesthetic discourse with which it has agreed to coexist. The idea that the very mechanism of representation might themselves undergo modification in the time and space seems laughable and counterintuitive. In the continuous movement of history and discourse, something, after all, has to remain fixed”.(5)
- 3 De hecho Beatriz Sarlo, en un análisis de la literatura a argentina de los años setenta (en este caso específico que cito se refiere a Harnoldo Conti), da cuenta cómo escribir de modo del “realismo mágico” era una forma de aceptar e integrar la revolución cubana, era ser parte de La intelectualidad regional. “*Mascaró* fue la apuesta latinoamericanizante de Conti, que su obra anterior no anunciaba. En ella, se puede leer el movimiento de un escritor bajo la presión de una época. La radicalización parecía corresponder con el intento de Conti de inscribir su última novela en el espacio del realismo mágico considerado en ese momento como la estética del escritor que de manera emblemática apoyaba la revolución cubana, García Márquez. Ese tipo de ficción exuberante no le venía bien ni a la escritura ni a la sensibilidad de Conti; sin embargo, la opción muestra el modo en que los sucesos políticos operan sobre un escritor, torciendo incluso un programa estético de varias décadas”, http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=929.
- 4 Me refiero a lo no verbalizado que produce el trauma según el pensamiento de Lacan.
- 5 Desde hace un año o más Roberto Castillo ha dejado de usar esa tapa como su logo. En eso también está mostrando que su posición como intelectual es siempre móvil.
- 6 Definición propuesta por Estrella Israel Garzón en: “Comunicación intercultural y construcción periodística de la diferencia”
- 7 Saul Yurkievich, ha establecido una visión “panamericana” a este fenómeno ya con las Vanguardias: “las vanguardias latinoamericanas tuvieron algún tipo de manifestación en casi todos los países del subcontinente, de allí su carácter de intercontinentalidad... Y una causa, ya señalada por la crítica, es que el vanguardismo está íntimamente relacionado con el contexto de la metrópoli”. (105)
- 8 De allí, por ejemplo, la necesidad de analizar las distintas posibilidades de

argentinidad de Jorge Luis Borges, en la medida en que este autor no repetía el estereotipo de la visión continental.

9 Al respecto, específicamente en el caso de Guatemala, Arturo Arias proporciona un excelente análisis en “La literariedad, la problemática étnica en la articulación de discursos nacionales”. <http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n08/articulos/literariedad.html>

10 Importante es ver cómo dos realidades tan alejadas, como lo son las del siglo XIX y las del siglo XX llegan a imbricarse cuando se trata de crear monumentos de trascendencia, como lo es la definición de una identidad nacional. Léase para este aspecto: José Carlos Chiaramonte: *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires. Sudamericana, 2004.

11 Faride Zerán, en el seminario “Dictadura, transición, memoria histórica e impunidad”, destacó el “ruido” que hizo Chile al llevar un iceberg a la Feria de Sevilla ’92, como una metáfora de la identidad nacional, algo que ella vio como la blancura de memoria que se comenzaba a vivir dentro de la propia democracia, cuyo inicio amparó la lluvia de querellas que impulsaron el autoexilio del periodista Francisco Martorell y que culminaba, ya cerca del cambio de siglo, con el otro autoexilio de la periodista Alejandra Matus, también perseguida por el *Libro negro de la justicia chilena*.

OBRAS CITADAS

Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso. London/New York, 1996

Arias, Arturo. “La literariedad, la problemática étnica y la articulación de discursos nacionales en Centroamérica”. *Revista Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* No. 8 enero– junio 2004 ISSN: 1535-2315 www.denison.edu/collaborations/istmo/articulos/literariedad.html

Chiaramonte, José Carlos. *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires. Sudamericana 2004.

Castillo Sandoval, Roberto: <http://noticiassecretas.blogspot.com/>

Derridá, Jacques. “Firma, acontecimiento, contexto”. En: *Márgenes de la filosofía*. Madrid. Cátedra 1996.

Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*, “La Posmodernidad”, Madrid: Taurus, 1989: 20.

Eco, Umberto. *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen, 1968.

Larsen Neil. *Modernism and Hegemony. A Materialistic Critique of Aesthetic Agencies*. Minneapolis: University of Minnesota Press. 1990.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración. configuración del tiempo en el relato de ficción*. Ediciones Cristiandad. Madrid, 1996.

Sarlo, Beatriz. "La ficción antes y después del 76". *Anthropos Moderno*. http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=929

Williams, Raymond. *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós, 1982.

Yurkievich, Saúl. *Fundadores de la nueva poesía latinoamericana*. Madrid, Taurus Pensamiento. 1971 <http://www.elperuano.com.pe/identidades/92/Hemisferios.asp>

Zea, Leopoldo. "Desarrollo de la creación cultural latinoamericana". En: Pablo González Casanova (coord.). *Cultura y creación intelectual en América Latina*. México: Siglo XXI edit. 1984.

Zerán, Faride. "Dictadura, transición, memoria histórica e impunidad". <http://www.nuestro.cl/opinion/columnas/identidad11.htm>